

## JULIO-AGOSTO DE 1808: “LA LEALTAD MEXICANA”

Hira de GORTARI RABIELA  
*Instituto de Investigaciones*  
*Dr. José María Luis Mora*

### EL PROPÓSITO

EL OBJETO DE ESTE ARTÍCULO ES resaltar el arraigo de las ideas monárquicas en el espectro político de la Nueva España, en un periodo tan crítico como lo fue el año de 1808, y particularmente durante los meses de julio y agosto, cuando tuvieron lugar diversas pruebas de adhesión a la monarquía por parte de amplios sectores sociales, al conocerse en Nueva España las noticias de la proclama de Valencia para defender a Fernando VII y luchar contra Napoleón.

La fidelidad al ideario monárquico se reiteró públicamente durante esos días en diversos lugares de la Nueva España. Se celebraron profusamente y con gran entusiasmo las buenas noticias provenientes de la metrópoli, que hacían patente la lealtad a la monarquía y exaltaban en particular la figura de Fernando VII.

Ambos, el fernandismo y la opción monárquica, continuaron formando parte importante de la problemática política novohispana. En el caso de la figura de Fernando VII, éste siguió ocupando un lugar en los pronunciamientos de Miguel Hidalgo, y su vigencia como símbolo político se prolongó hasta después de la consumación de la independencia, vigencia sostenida por la facción iturbidista.

En cuanto a la propuesta monárquica, mantuvo su lugar entre las expresiones y actitudes políticas manifiestas du-

rante una parte importante del siglo pasado, al preservarse como una opción válida para algunos sectores de la sociedad decimonónica.<sup>1</sup>

#### ALGUNAS DISCUSIONES

El impacto de la invasión napoleónica en 1808 a la península ibérica sobre el movimiento de independencia novohispano ha sido un tema ampliamente discutido. Durante muchos años, se destacó este hecho. Así en la mente de varias generaciones quedó el convencimiento de que el movimiento de emancipación tuvo como razón sustancial el rechazo de los novohispanos a la usurpación de la corona española.

Sin embargo, el impulso de la historiografía de este periodo en los últimos años ha enriquecido con nuevos matices la visión hasta entonces prevaleciente. Los sucesos ocurridos en la Península no deben apreciarse solamente a través de los cambios y alteraciones en la vida política en España y sus colonias, sino también reconocerse como una expresión de los conflictos y tensiones acumulados por varias décadas. Estos sucesos fueron un reflejo de la crisis del absolutismo español, particularmente durante el reinado de Carlos IV.

Tal es la tesis de Brian R. Hamnett, quien considera la invasión napoleónica, como una expresión del debilitamiento del absolutismo que se hizo más notable en los años noventa del siglo XVIII, en los cuales se aprecian también cambios y transformaciones llevados a cabo por los grupos liberales en el gobierno español.<sup>2</sup>

Por el contrario, autores como Jorge I. Domínguez minimizan la importancia de este acontecimiento en los movi-

<sup>1</sup> “El inmenso prestigio de la legitimidad del trono y el enorme peso de las tradiciones coloniales se hallaron en pugna con la simpatía hacia las modernas tendencias democráticas y la fe en su excelencia como programa de mejores promesas para el futuro. Hidalgo y, en menor proporción, quienes secundaron y prosiguieron su obra fueron, en un momento u otro, monárquicos y republicanos, como también lo fueron los ideólogos del movimiento. O’GORMAN, 1970, p. 12.

<sup>2</sup> HAMNETT, 1985, pp. 272-274.

mientos de emancipación de Hispanoamérica. Domínguez considera insuficiente dicha explicación, pues recuerda recordando cómo la crisis de legitimidad ocurrida un siglo antes por la sucesión de los Habsburgo por los Borbones no provocó grandes alteraciones en las colonias, y cómo en el caso de 1808 no todos los futuros países hispanoamericanos respondieron de igual manera ante la crisis de la corona española.<sup>3</sup>

En el caso específico de Nueva España, se la ha considerado como la que inició el rompimiento de las lealtades novohispanas, retomando, en cierta medida, la importancia que Lucas Alamán concedió a estos acontecimientos. Luis Villoro también mantiene esta consideración, ya que para él los acontecimientos de 1808 marcan el inicio del despertar americano en su defensa de la soberanía, encabezados por el Ayuntamiento de México.<sup>4</sup>

David A. Brading, en uno de sus estudios, comparte en una medida importante la interpretación de Hamnett, ya que a partir de estos sucesos los novohispanos expresaron: "Las tensiones acumuladas, generadas durante cuarenta años de reformas económicas y de cambios sociales, estallaron, y el complejo que formaba el México borbónico comenzó a disolverse en las partes que lo componían".<sup>5</sup>

Por su parte, Doris M. Ladd aprecia de forma distinta el asunto, ya que considera que estos hechos tuvieron un papel de amortiguador entre los miembros de la élite novohispana. Así, considera que "la reacción ante la invasión napoleónica de la Península aseguró que la consolidación no provocara ni [la] violencia, ni [la] rebelión. Los Borbones no perdieron América, sino a España. Las protestas mexicanas definieron una conducta de «mal gobierno» justo cuando las conjuras y contraconjuras [estaban en boga por] la ocupación, de Madrid por las tropas francesas, la abdicación de Carlos IV y el exilio de su hijo Fernando VII [y] demostraban la corrupción de la corte española. Los crecientes males de las colonias estaban abrumados por el gran trauma de la Madre patria".<sup>6</sup>

<sup>3</sup> DOMÍNGUEZ, 1985, p. 275.

<sup>4</sup> ALAMÁN, 1985, I, pp. 149 a 194. VILLORO, 1967, pp. 33-39.

<sup>5</sup> BRADING, 1975, p. 450.

<sup>6</sup> LADD, 1984, p. 151.

Estas diferencias de matices obedecen, a nuestro juicio, a la dificultad de precisar la temporalidad de los llamados efectos en tiempos más largos, cuando en el resultado final de estos acontecimientos se establece una línea directa entre la reacción novohispana de 1808 y la consumación de la independencia. Pero en el corto plazo, en la reacción inmediata, los sucesos ocurridos en Nueva España confirman la apreciación de Doris Ladd, ya que los novohispanos, lejos de acentuar los sentimientos de autonomía, expresaron a través de diversas conmemoraciones y declaraciones su plena lealtad, no sólo a España, sino al régimen monárquico.

#### LOS ANTECEDENTES EN LA METRÓPOLI

La crisis monárquica española se aceleró a raíz de la invasión napoleónica, debido a que ésta coincidió con serios problemas en la sucesión y llevó al efímero arribo al poder de Fernando VII en su primera ascensión al trono, y por otra parte supuso un golpe terrible a la soberanía territorial española.

La invasión francesa a España, a pesar de la alianza que la corona había establecido con el imperio napoleónico, se inició por el paso de tropas francesas por su territorio en camino a Portugal, aliado de Inglaterra, que era la acérrima enemiga de ambos países; este paso se permitió en razón del carácter de aliado de Portugal.

Este nuevo conflicto sucedió en un momento de difícil transmisión de poder entre Carlos IV y su heredero Fernando VII, ya que el primero fue creando cada vez más dudas e incertidumbres acerca del futuro de su reinado, lo que se tradujo en pugnas e intrigas entre la élite política española que terminaron por debilitar la autoridad de los Borbones.

Carlos IV abdicó primero a favor de su hijo el príncipe de Asturias, pero a raíz de la invasión francesa decidió reasumir sus derechos, lo cual no duró demasiado tiempo, ya que cedió posteriormente la corona a su hijo. El heredero, en un gesto más de imprudencia que de sagacidad, se dirigió a Bayona —en territorio francés—, donde estaban reunidos su padre y el emperador de Francia, y muy pronto

fue obligado a abdicar en favor del monarca francés.

Así, la invasión y la abdicación de los reyes españoles fueron síntomas evidentes de la crisis de la monarquía, y dejaron un vacío de poder que afectó profundamente el futuro del imperio español en América.<sup>7</sup>

#### EL AMBIENTE POLÍTICO NOVOHISPANO

Tardía e irregularmente percibieron los novohispanos la nueva situación por la que atravesaba España, no sólo debido a la lejanía entre Nueva España y la Península, sino también por la inseguridad en los envíos y el clima que imponía la guerra entre los grandes poderes navales de la época.

En este ambiente inestable e incierto, los súbditos novohispanos cobraron conciencia de la afrenta y el golpe que había recibido la metrópoli. Sus repercusiones fueron considerables, ya que calaron profundamente en el ánimo de amplios sectores de la población, redoblando y profundizando un sentimiento de incertidumbre muy arraigado por tratarse de la suerte de la monarquía y particularmente del monarca, figura y cabeza esencial del sistema imperial.

Seguramente los novohispanos que tenían acceso a la lectura siguieron los acontecimientos principalmente por la prensa, gracias a los informes de la *Gaceta* y el *Diario de México*. Otros grupos tuvieron noticias de los sucesos por los bandos y proclamas que ordenaron publicar y difundir las autoridades virreinales pero, en su gran mayoría, los novohispanos que se enteraron de la crisis monárquica lo hicieron gracias a la transmisión de la información de boca en boca, lo que contribuyó a la difusión de rumores y temores que fueron en aumento, en la medida que la situación española iba llegando a su clímax y la información escaseaba.

A medida que los días transcurrieron, las noticias iban circulando y perturbaban el ánimo de los novohispanos interesados en predecir cuál sería el desenlace, y se generaban corrientes de opinión en torno al posible derrumbamiento

<sup>7</sup> ARTOLA, 1983, p. 9.

de la corona, despertando suspicacias o bien reafirmando la lealtad.<sup>8</sup>

La prensa, en ocasiones, no logró evitar el provocar voces de alarma, contribuyendo a acentuar el clima de tensión reinante. La *Gaceta*, particularmente, publicó noticias muchas veces contradictorias, lo que obligó a las autoridades a filtrar o censurar la información. Sin embargo, el problema más grave fue la falta de noticias, la cual contribuyó a que en momentos tan delicados el rumor tuviera un papel crucial, así como la circulación de panfletos y pasquines.<sup>9</sup>

Las nuevas noticias anidaron en el ambiente político de la Nueva España, ya de por sí larvado de conflictos y tensiones, generados por los desajustes en los sectores dominantes, debido a las medidas de centralización y exacción de riqueza que se acentuaron bajo Carlos IV. Estas medidas se debían a la crisis fiscal y militar que vivía la corona, y el virrey Iturrigaray, quien fue el encargado de ponerlas en práctica, fue blanco de críticas y reclamos.

Los conflictos fundamentales de la sociedad novohispana no sólo se expresaron por tensiones entre personas y/o instituciones, sino que también tuvieron como punto de partida discusiones y polémicas surgidas entre las corrientes políticas dominantes que, *grosso modo*, podrían dividirse en tres tendencias: una era la que se aglutinaba bajo los principios de la Ilustración, otra más los rechazaba y condenaba, y por último, la que adquiriría cada vez mayor fuerza entre muchos criollos, detenta la idea de que la Nueva España debía regirse en forma más autónoma, contribuyendo a tejer una realidad política compleja.<sup>10</sup>

Sin embargo, todas estas corrientes habían sido permea-

<sup>8</sup> MIRANDA, 1952, pp. 325-327.

<sup>9</sup> ZÁRATE TOSCANO, 1982. Es un interesante estudio sobre la prensa del periodo y fue fundamental su consulta. Advertencia: se les ha indicado que no publiquen noticias que no consten en impresos o por oficio y esto a raíz de que en el número 67 en una nota de Manuel Antonio Valdés se habló de un posible regreso de Fernando VII a España. *Gazeta*, xv:68 (3 ago.), p. 526.

<sup>10</sup> Sobre las diferentes tendencias políticas en Nueva España, véase MIRANDA, 1952, pp. 154-182.

das en principios y actitudes comunes frente al régimen político vigente, tanto en sus aspectos reales como formales. Por un lado, la práctica del poder estaba sujeta a una mayor racionalización, pero también se le identificaba plenamente con la figura del monarca, cuya autoridad dimanaba directamente del poder divino. El monarca era la razón y sentido del régimen, por lo tanto sus súbditos, incluyendo los de la Nueva España, lo reconocían como cabeza y símbolo del poder.<sup>11</sup>

#### ROCES Y TENSIONES POLÍTICAS EN LA NUEVA ESPAÑA

Las noticias provenientes de España contribuyeron en forma decisiva a acrecentar las tensiones de la vida política novohispana, por las diferencias surgidas entre diversos sectores de la élite y las autoridades del virreinato, las cuales afloraron de manera abierta. A medida que la situación de la metrópoli empeoraba, estas diferencias se tradujeron en conflictos de interés respecto a qué posturas adoptar, de lo que resultaron expresiones contradictorias ante los acontecimientos que vivía la Península.

Los desacuerdos con y entre las diferentes instancias de autoridad fueron de diversa índole. En buena medida éstos se canalizaron contra el virrey, sobre todo tras la caída del ministro Godoy, que lo protegía. Estas tensiones no eran nuevas, ya que se habían producido claras desavenencias entre la élite criolla y las posturas de José de Iturrigaray. Una de éstas giraba en torno a la polémica respecto a los límites de su autoridad y los de la real audiencia, lo que llevó a múltiples discusiones y enfrentamientos entre ambas instancias de poder.<sup>12</sup>

Otra fuente latente de conflicto tuvo su origen en la aplicación de diversas disposiciones y ordenamientos que

<sup>11</sup> A propósito de la racionalización del poder, MIRANDA, 1952, p. 149.

<sup>12</sup> Conflicto entre el virrey y la real audiencia, MIRANDA, 1952, pp. 183-184; NAVA OTEO, 1973, pp. 44-46; BLACK, 1980, pp. 76-94 y 177-195; FOLAND, 1955, pp. 30-41, y SEMO, 1985, pp. 200-231.

envió la metrópoli. Particular escozor causaron las medidas de secularización sustentadas en un principio regalista, que fueron censuradas por la Iglesia como una muestra evidente de la influencia volteriana que caracterizaba a muchos de los ministros más cercanos al rey Carlos IV. Dicha acusación causaría gran enojo y malestar en la Nueva España, y se canalizó contra Iturrigaray a raíz de la expedición, a finales de 1804, de la cédula de consolidación de vales cuya aplicación provocó —como se sabe— un gran descontento principalmente entre mineros y agricultores, los cuales fueron profundamente afectados por ella y responsabilizaron directamente al virrey, tomándolo como blanco de sus críticas.<sup>13</sup>

Un asunto que también contribuyó a enfrentar a miembros de la élite novohispana provincial contra el virrey fue la estrategia militar que éste puso en práctica frente a una posible invasión inglesa, a raíz de los acontecimientos de Buenos Aires. Iturrigaray, militar de carrera, siguiendo su propia experiencia y atendiendo a estrategias anteriores, como las del Conde de Revillagigedo, decidió privilegiar la defensa del Golfo, situando el grueso de las tropas en Jalapa en lugar de asentarlas en el mismo puerto de Veracruz, lo que provocó particularmente el enojo del consulado y de las autoridades de dicho puerto. Éstas se quejaron públicamente, ya que sus propiedades quedaron desprotegidas ante un posible enemigo, y todo por culpa de una decisión errada de la más alta autoridad de la colonia.<sup>14</sup>

A lo anterior se añade el hecho de que el virrey, a medida que transcurría su mandato, iba incrementando su mala fama, derivada de mezclar con demasiada facilidad la administración de los fondos públicos con sus intereses particulares. Esto fue evidente para muchos, a causa del dispendio excesivo en su gasto personal.<sup>15</sup>

<sup>13</sup> BLACK, 1980, pp. 155-166.

<sup>14</sup> BLACK, 1980, pp. 63-66. ARCHER, 1983, pp. 87-109; "Descripción", xv, núm. 15 (17 feb. 1808), pp. 115-123.

<sup>15</sup> BLACK, 1980, pp. 283-322.



REACCIONES NOVOHISPANAS ANTE LAS NOVEDADES  
DE LA PENÍNSULA

Buena noticia fue para muchos en Nueva España la nota que publicó la *Gaceta* el 9 de junio de 1808 acerca de la abdicación de Carlos IV en favor de su hijo Fernando VII, lo que mereció que el virrey ordenara dos días más tarde que fueran tocadas las campanas en todo el virreinato para difundirla. Tardanza que le acarreó críticas, porque corroboraba, a los ojos de sus enemigos, sus vínculos con Godoy y Carlos IV. Sorpresa en cambio causó la noticia difundida el día 22 de ese mes, sobre la entrada a la Península de las tropas francesas, aliadas recientes. Para tranquilizar los ánimos, se señalaba que entrarían al territorio español en el mayor orden, como correspondía a una nación amiga, y que su estancia sería temporal.<sup>16</sup>

Poco duró la sorpresa, pues el día 25 la información que publicó la *Gaceta* provocó un profundo desconcierto. Por una parte, comunicaba las buenas nuevas sobre el levantamiento del pueblo de Madrid contra lo que se había convertido en una ocupación de las tropas francesas, pero al mismo tiempo hablaba sobre el viaje del monarca español a Bayona para entrevistarse con Napoleón.<sup>17</sup>

Semanas después, el 16 de julio, se publicó en la *Gaceta* una noticia que debió haber causado estupor, dado que simple y llanamente se daba a conocer que los reyes de España habían renunciado a sus derechos al trono en favor del emperador de los franceses.<sup>18</sup>

Tan serio era el asunto, que en unos días el sentimiento de incertidumbre se tradujo en desolación y temor, pues en cosa de semanas en Nueva España se enteraban de cuestiones que ponían en alto riesgo la sobrevivencia de la misma monarquía, tanto en la integridad de su territorio como en su cabeza y símbolo fundamental que era el rey.

<sup>16</sup> *Gazeta de México*, xv, núm. 48 (9 jun. 1808), pp. 381-384; núm. 52 (22 jun. 1808), pp. 410-411.

<sup>17</sup> *Gazeta de México*, xv, núm. 53 (25 jun. 1808), p. 420. MIRANDA, 1952, p. 235.

<sup>18</sup> *Gazeta de México*, xv, núm. 59 (16 jul. 1808), p. 465.

LOS CONFLICTOS ENTRE EL AYUNTAMIENTO DE LA CIUDAD  
DE MÉXICO Y LA REAL AUDIENCIA

Las noticias sobre lo que acontecía en la Península aumentaron el temor de una posible invasión de Francia al territorio novohispano. En ese clima, viejas querellas en la colonia se avivaron y surgieron diversas respuestas políticas discordantes. El Ayuntamiento de la ciudad de México presionó al virrey a tomar cartas en el asunto, para contrarrestar el incierto futuro de la Nueva España. Se consideraba que debía de seguirse el camino de los poderes constituidos como los que detentaba el Ayuntamiento, quienes reasumirían la soberanía en tanto no se resolviera la situación en la cabecera del reino. Tal postura generó “una lucha... entre un puñado de criollos que creían que la creación de las juntas provinciales en España era la señal para el establecimiento de una autonomía local en América, y los peninsulares, que se sentían firmes y poderosos y que decidieron oponerse a cualquier cambio en el Antiguo Régimen, aun en medio de la crisis constitucional sin paralelo que provocó la remoción del único soberano legítimo”.<sup>19</sup>

La propuesta del Ayuntamiento se convirtió en una fuente de disputa y de conflicto —como se sabe— con la real audiencia, donde predominó, por el contrario, una respuesta inmovilista: había que dejar las cosas como estaban, en tanto no se resolviera el vacío de poder.

No obstante sus diferencias, ambos grupos mantuvieron una profunda fidelidad a la monarquía española y en particular a Fernando VII, que hasta entonces era más una promesa, una esperanza de cambio. Muchos novohispanos, principalmente miembros de la élite, creyeron que su llegada al trono significaría terminar con la aplicación de medidas controvertidas que fueron tomadas durante el reinado de su padre, el rey Carlos IV.

La disputa más delicada entre el Ayuntamiento y la real audiencia se inició tras la convocatoria emitida por el primero, que estableció, en un documento hecho público tras

<sup>19</sup> ANNA, 1986, p. 61.

una reunión extraordinaria celebrada el 16 de julio, que el Ayuntamiento se erigía como autoridad.<sup>20</sup>

Cinco días más tarde, la real audiencia, que ya contaba en su haber —como se ha mencionado— una polémica de autoridad con el virrey, rechazó radicalmente la iniciativa del Ayuntamiento. En sus argumentos se erigió como garante del orden establecido, considerando un serio error de política la proposición que “había tomado, sin corresponderle, la voz y representación de todo el reino...”<sup>21</sup>

#### OTRAS REACCIONES EN LA NUEVA ESPAÑA

Cabe advertir que en la capital del virreinato, lugar de residencia de los más connotados miembros de la élite política y económica, se dieron las polémicas más encendidas, aunque no se debe perder de vista la participación de diversos ayuntamientos y cabildos que en el interior de la Nueva España dieron también a conocer sus opiniones.<sup>22</sup>

<sup>20</sup> HERNÁNDEZ y DÁVALOS, 1985, I, pp. 475-485, doc. 199.

<sup>21</sup> HERNÁNDEZ y DÁVALOS, 1985, I, p. 486, doc. 200. “. . . esta N.C. como Metrópoli y Cabeza del Reino y por la capital a quién representa, puede promover y excitar al alto gobierno para que con tiempo consulte, acuerde y dicte todas las providencias de precaución, y que considere más proporcionadas para la seguridad del Reino, y evitar se apoderen de él los franceses”. Sin disputar la autoridad del virrey, los criollos del Ayuntamiento le exigieron que de inmediato se sujetase a “sus delicados novilismos deberes, la prontitud y disposición en que se halla para emprender y executar quanto se estime necesario a la conservación y defensa de estos preciosos Dominios a sus legítimos Soberanos sin reserva de sus vidas. . .”

<sup>22</sup> MIRANDA, 1952, p. 239. Además, se precisó que eran inútiles las medidas sugeridas por el cabildo al virrey, calificando a “los medios propuestos por él —tales como el nombramiento provisional y el juramento—(que) no eran adecuados al fin considerado, ni conformes a las leyes fundamentales. . .” Los miembros de la Audiencia consideraban que no había por qué alterar el orden vigente, y concluían que “en el actual estado de cosas nada se había alterado en orden a las potestades establecidas legítimamente y todas debían continuar como hasta entonces, sin necesidad del nombramiento y juramento que proponía el cabildo. . .” La única voz discrepante de este planteamiento fue la del oidor Villaurrutia, quien propuso, sin éxito, el arribo del infante Don Pedro. NAVA OTEO, 1973, pp. 44-49.

La disputa política se tradujo también en un conflicto de autoridad entre diversas jurisdicciones, en el que se enfrascó la élite novohispana residente en la ciudad de México con los sectores dominantes de otros lugares de la Nueva España. Distintas autoridades locales, principalmente los ayuntamientos provinciales, comenzaron a inquirir y presionar ante la cabeza central del virreinato para que definiera acciones y su posición ante los acontecimientos de la Península.

Algunas autoridades temieron por los efectos que pudieran provocarse por esta incierta situación, como sucedió en el Ayuntamiento de Jalapa, que expresó el 20 de julio su alarma por esta situación; ya que el “pueblo indistintamente trata estas materias en las calles, en las plazas y tabernas, estas concurrencias se han ido aumentando a medida de las noticias. Se ve la gente dividida en grupos por todas partes en confabulaciones, se oye el murmullo, y se repiten los pasquines en las casas y en los parajes públicos”.<sup>23</sup>

En tanto, un buen número de las autoridades de los ayuntamientos reafirmaron su fidelidad a la autoridad del rey y condenaron unánimemente la perfidia de Napoleón, solicitando se pusiera en marcha la defensa del reino de la Nueva España. En algunos casos los ayuntamientos demostraban su control y poder sobre sus súbditos, como fue el caso del Ayuntamiento de Veracruz el 22 de julio que ofrecía “su fidelidad y la de los habitantes de aquella ciudad con sus vidas y haciendas para la defensa del reino”. También el cabildo de Zacatecas manifestó el 28 de julio su preocupación ante “el momento fatal en que se ha corrido el velo bajo el cual se ocultaba la perfidia más horrorosa, la traición más luciférica de que hay ejemplo en la historia moral y política del universo...”.<sup>24</sup>

<sup>23</sup> *Gazeta de México*, xv, núm. 94, p. 633 (10 sep. 1808), publicado el 13 con un despacho del 20 de julio.

<sup>24</sup> Segundo suplemento de la *Gazeta de México* (6 ago. 1808), publicada el 8, núm. 75, *Suplemento de la Gazeta*, xv, núm. 72, pp. 530-532 (22 jul. 1808); véase también el apéndice documental de NAVA OTEO, 1973.

LA FIDELIDAD SE CONVIERTE EN EUFORIA: LAS NOTICIAS  
DE «LA ESPERANZA»

El vehículo de una buena nueva para los novohispanos acerca del levantamiento generalizado en España para repeler la invasión francesa arribó al puerto de Veracruz en una goleta paradójicamente llamada “La Esperanza”, el 28 de julio.<sup>25</sup>

La buena nueva transformó el desaliento y temor generalizados en un sentimiento de alivio, estado de ánimo que fue reseñado con bastante detalle por la prensa y fue en parte promovido por las autoridades, que vieron con beneplácito las manifestaciones que ocurrieron, que innegablemente traducían el ambiente que reinaba y patentizaban la lealtad al monarca. No en balde el editor de la *Gaceta* pidió a sus lectores que le remitieran noticias acerca de lo que había ocurrido en diferentes lugares de la Nueva España.<sup>26</sup>

LA NOTICIA SE DIFUNDE EN LA NUEVA ESPAÑA

Los habitantes de la villa de Córdoba, por encontrarse en camino a la ciudad de México, fueron de los primeros en enterarse de las buenas noticias. El mismo 28 de julio: “El pueblo fuera de sí corrió inmediatamente a repicar las campanas de todas las iglesias; el ilustre Ayuntamiento mandó disparar la artillería . . . los regimientos . . . con sus músicas militares y sus banderas a hacer salvas y varias evoluciones. El subdelegado, a las cinco de la tarde, promulgó un bando, convidando al vecindario a adornar sus casas con cortinas, hacer iluminaciones por tres noches, y asistir a la misa de gracias . . .”<sup>27</sup>

Después, la noticia se conoció en la ciudad de Puebla también el mismo 28 de julio. A las doce y media del día se esparcieron los primeros rumores, que ya para las diez de la

<sup>25</sup> *Gazeta de México*, xv, núm. 63 (29 jul. 1808), p. 501.

<sup>26</sup> *Gazeta de México*, xv, núm. 66 (1 ago. 1808), p. 518.

<sup>27</sup> *Gazeta de México*, xv, núm. 90 (7 sep. 1808), pp. 645-646.

noche estaban confirmados: "... arrebatando a todos los vecinos de este vasto pueblo, los enajena y hace prorrumpir como por una voz... luego que las noticias le aseguran de la defensa de sus Reyes Católicos, y de la estabilidad de sus propietarios, sus leyes y sus usos; corre presuroso a la Santa Iglesia Catedral todo el pueblo... manifiesta ante todo su gratitud al Dios de los Ejércitos, por el beneficio que acaba de recibir de sus piadosas manos..." La multitud inicia un recorrido que la lleva a la casa del intendente, al obispado, a las cajas reales y a las casas de diversas personalidades de la ciudad con el propósito —escribe el que relata— de que "... la acompañemos en sus glorias, a que mezclemos las nuestras con sus vivas".

El contingente se hizo cada vez más nutrido, pues se calculó, tomándolo con todas las reservas que cálculos semejantes presentan para más de 8 000 almas —las que acabaron reuniéndose en la plaza mayor—, además de aproximadamente otras 20 000 personas festejando en diferentes puntos de la ciudad; todos ellos "... dando el mejor testimonio de la uniformidad de sus sentimientos, de su lealtad y subordinación a la Suprema Potestad que los gobierna..."

Cerca de la una de la mañana se solicita y se consigue que se toquen las campanas de la catedral, sonido que rápidamente es imitado por las demás iglesias de Puebla. A medida que pasan las horas va ganando en la gente la euforia, que se muestra en las fogatas que se hacen con esteras y tablas que le servían a la gente como camas.

La multitud estaba conformada —como resalta el cronista— por "... Nobles... Plebeyos, los Viejos y los Mozos, los Jóvenes y los Niños, los Ricos y los Menesterosos, las Mujeres y todos los Vecinos, formaban en esta Ciudad un cuadro de lealtad..."

Las fiestas continuaron durante tres días más en los cuales se quemaron estatuas —presumiblemente de cartón— que representaban a los traidores y que eran motivo de burla y escarnio; también empezaron a circular gentes que se habían colocado "... en sus sienes el nombre de FERNANDO, publicando por este medio el que ya tenían de antemano grabado en sus corazones amorosos", además de su efi-

gie en estandartes y banderas con las cuales recorrían las calles en búsqueda de una identificación colectiva.<sup>28</sup>

#### LAS CELEBRACIONES EN LA CAPITAL

A partir del 30 de julio de 1808, el *Diario de México* publicó una serie de reseñas tituladas: "Lealtad Mexicana", relatando las celebraciones que se llevaron a cabo en la ciudad de México.

Las primeras manifestaciones que se dieron en la capital del país se iniciaron desde las 5 de la mañana del día 29 y duraron tres días seguidos. Las autoridades virreinales y la élite novohispana trataron de capitalizar este júbilo, del que —según parece— difícilmente se podía mantener ajeno ningún habitante de la zona.

Los festejos se iniciaron también con descargas de artillería y con el repique de las campanas de todas las iglesias, seguido de un desfile de tropas por el casco de la ciudad, las cuales al pasar frente al palacio virreinal —en cuyos balcones estaba el virrey y un selecto grupo de notables—, repetían incesantes vivas a: «Fernando VII, rey de España y de las Indias».

La situación seguramente fue propicia para despertar la curiosidad y el interés de la población, por lo que se logró reunir multitudes que se caracterizaron en parte por su espontaneidad. En estas celebraciones también se aprecia el interés de las propias autoridades civiles y eclesiásticas para convocarlas y organizarlas. Era, según el cronista, "Una unión notablemente desordenada de españoles, europeos y americanos. . ." Como en pocas ocasiones fue posible la convivencia de la élite y del resto de la población, pero la situación de euforia y el alimentado patriotismo lo ameritaban y permitían, de tal forma que la concentración era descrita por "la naturaleza y la humanidad (que) se veían en los semblantes de un pueblo inmenso, que no respira más que patriotismo y fidelidad y acendrado amor a su soberano".

<sup>28</sup> *Suplemento de la Gazeta de México*, xv, núm. 104 (28 sep. 1808), pp. 719-726.

A pesar del carácter muchas veces espontáneo de las concentraciones, la élite gobernante comenzó a orientar estas muestras de júbilo, promoviendo las demostraciones de fidelidad a pesar del peligro de posibles desórdenes; la multitud, comenta la nota, no obstante su posible carácter incontrolable, se dejó guiar por la figura del rey: "Cuando estaban en la fogosidad y entusiasmo de la salva, trajo una porción de pueblo el retrato del amable Fernando, y lo condujeron al Real Palacio, sin que la tropa pudiese poner orden a la multitud". Acto seguido estas muestras a favor de la monarquía se propagaron en diversos puntos de la ciudad en marchas que pasearon la figura de Fernando VII por diversas calles e incluso por edificios administrativos, al grito de "¡Viva Fernando VII! ¡Muera el emperador de los franceses!".

Asimismo, muchos individuos portaban el retrato de Fernando VII en el sombrero, e incluso un testigo señalaba: "He visto varios que lo traen al pecho en un buen marco con vidriera, laureles, etcétera."

Al día siguiente, los festejos tomaron un carácter más ordenado y jerárquico. Se iniciaron con actos presididos por los dirigentes novohispanos: "A las nueve de la mañana se formó el Real Acuerdo, presidido por el Excmo. Sor. Virrey, el Tribunal de Cuentas y Ministros Generales de la Real Hacienda, M.M. Ayuntamiento, Real y Pontificia Universidad, Real Tribunal del Consulado, el Protomedicato y los Gobernadores, Alcaldes y demás oficiales de Justicia de las Parcialidades de Naturales, formando cuerpo, y de uniforme grande".

A las marchas y concentraciones desordenadas y espontáneas del día anterior sucede el paso ordenado de los desfiles, cuidando siempre de que todos los sectores de la sociedad colonial participen en estas demostraciones de lealtad al monarca. Se describe que en aquel día: "La tropa del paisanaje ya llega a los cincuenta mil hombres que llevan por escarapela el retrato del soberano: otros un gran rubro, que dice: Vasallos de Fernando, dispuestos a morir por la Religión, por la Patria y por su Rey". A éstos se les unieron "los religiosos de todas las religiones, los colegiales", pero también "los indios naturales y aun los más ínfimos del pueblo



claman por todas partes el preciso nombre de Fernando”.

El domingo por la mañana se organizó una procesión al santuario de la virgen de Guadalupe, en la cual iban contingentes del ejército, carros y carruajes además de muchos civiles; a media mañana, los contingentes se dirigieron hacia la Alameda y el paseo de Bucareli y nos dice el cronista: “A las tres estaban llenas las calles . . . era asombroso el número de coches, y considerablemente aumentada la infantería del paisanaje . . . y muchos con sable y espada en mano, dirigidos por oficiales . . . Después caminaba la barca que nombraban Esperanza, por lo que trajo estas noticias, con sus correspondientes palos, velamen, cañones y tripulación, haciendo continuo fuego la artillería de la barca, a la cual seguían cuatro o cinco carros con música de cuerda y de viento . . .” Al caer la tarde frente al palacio virreinal, pasó un barco que traían “ . . . los naturales de Coyoacán y San Agustín de las Cuevas, conducido por más de cuatro mil hombres y escoltado por una comitiva de vecinos de aquellos pueblos que venían a caballo. Los gobernadores, que dentro del mismo carro custodiaban el retrato de nuestro Monarca, traían hachas en las manos con que se iluminaban”.

Las expresiones de júbilo y regocijo no se limitaron a los habitantes de la ciudad. Durante aquel día continuaron repiqueteando las campanas para atraer a los pobladores de las localidades circunvecinas a la ciudad para asistir al Tedéum. Asimismo quedaron tapizadas varias paredes del casco urbano con la efigie del soberano. El festejo continuó hasta la noche. El cronista reportó en el *Diario de México* el alcance de este hecho en el día de San Próspero y por el nombre de la goleta que había traído la buena nueva, concluyendo que “acaso la Divina Providencia nos prenuncia su adorable influjo. Baste decir que en muchos siglos no ha visto México un día semejante”.<sup>29</sup>

Quizás como en pocas ocasiones, y dado el predominio de un sentimiento común y universal a favor del rey, pudieron expresarse las diferencias culturales existentes. Así ocurrió

<sup>29</sup> *Diario de México*, ix, núms. 1035, 1041 y 1044 (30 jul. 6 y 9 ago. 1808).

con los pobladores de las parcialidades de San Juan Tenochtitlán y Santiago Tlatelolco... (quienes) no se desdeñaron de salir con música del país.<sup>30</sup>

La celebración fue convirtiéndose en un acto que tomó en gran medida un carácter cívico, grave y solemne, que permitió darle un carácter ordenado. A pesar de “tanto alboroto —señaló el cronista— no se ha observado el más mínimo desorden sin necesidad de patrullas, porque todo el mundo es militar”. Sólo así, encauzando el júbilo en una celebración patriótica, fue posible que “todo hombre [que] tenía un mismo objeto, y para aspirar a él, se mezcló con el plebeyo, el eclesiástico con el militar, el viejo con el mozo, y todos respiraban lealtad, amor y regocijo”.<sup>31</sup>

Hubo también otros actos festivos, como fue la instalación de diversos puestos de juego y música, así como funciones de teatro y carros alegóricos que se prepararon para la ocasión, como “los individuos del juego de pelota de San Camilo [que] sacaron un carro magnífico, que conducía el retrato del soberano con música militar; el carro era tirado por el pueblo, y un grande acompañamiento a caballo, con hachas de cera en la mano”. Además la gente participó en estos festejos bailando y cantando, “se vio por primera vez una pequeña tropa de mujeres, vestidas de blanco, con sus chales atravesados y marchando en filas”.<sup>32</sup>

<sup>30</sup> *Diario de México*, núm. 1038 (3 ago. 1808).

<sup>31</sup> *Diario de México*, núm. 1036 (31 jul. 1808).

<sup>32</sup> *Diario de México*, núms. 1040 y 1043 (5 y 9 ago. 1808). En otros sitios la multitud festejaba entonando los versos y decires preparados ex profeso para estos eventos. En uno de ellos se ensalzaba una situación idílica:

El nombre de gachupin quedó extinguido, como el de criollo también es sepultado, el del indio, y demás ya no es mentado cuando en Fernando todos se han unido...

En las tropas de VIVAS que han formado, con el plebeyo el noble se enlazaba; la vanidad, el rico la dexaba yendo con el mas pobre al lado: con el necio incipiente el decorado el eclesiástico docto, igual gritaba: VIVA FERNANDO, VIVA, y no le obstaba a acompañar a un indio enfrazado.

Veáse para el juego de pelota a VIQUEIRA ALBÁN, 1987, pp. 246-253.

## CELEBRACIONES EN OTROS LUGARES DE LA NUEVA ESPAÑA

Como se señalaba, la noticia de la celebración generalizada se fue difundiendo por diversos lugares y fue recibida con júbilo por los novohispanos. Sin embargo, la extensión del territorio y las dificultades de comunicación hicieron que muchas de estas muestras de adhesión y celebración se llevaran a cabo en días posteriores e incluso semanas después.

Al igual que las de la capital o de ciudades de mayor importancia como Puebla y Guanajuato, la gente hizo patente su alegría en diversas poblaciones, como ocurrió en la villa de Atlixco, donde el 8 de agosto: “Apenas se recibieron aquí las noticias traídas por la barca Esperanza, se anunciaron inmediatamente por un repique general. Los vecinos, enterados de su motivo, se entregaron a tales demostraciones de regocijo, que es imposible poder describir. . . .” Y días después, un domingo, no contento el pueblo con las demostraciones realizadas decidieron: “. . . sacar el retrato de nuestro Soberano en un carro triunfal”. El carro era precedido por una orquesta de música de instrumentos de viento. “A su testera se levantó un magnífico dosel, en el que iba colocado el retrato. A sus pies se manifestaba la América, simbolizada en una India gallardamente vestida en su traje, con una canastilla de corazones en ademán de ofrecerlos al Monarca. En el pescante se dejaba ver la Fe representada por un niño ataviado con todas las insignias de esta virtud, y una Oda al pie que decía: La Fe te pide sumisión rendida hacia el Joven Monarca que la sigue: dadla al momento, generoso pueblo, nada lo impide”<sup>33</sup>

Como se mencionaba, la noticia se fue esparciendo por la

<sup>33</sup> *Gazeta de México*, xv, núm. 124 (12 nov. 1808), pp. 863-864, da cuenta de un despacho fechado el 8 de agosto. Se hace una descripción de las celebraciones que se llevaron a cabo en Valladolid el 12 de agosto, *ibid.*, núm. 95 (14 sep. 1808). En Chalco desde el 29 de julio se conoció la noticia. El despacho es de septiembre, pero se publicó hasta noviembre, *ibid.*, núm. 122 (9 nov. 1808), pp. 854-855. En Guanajuato se recibieron noticias del día 31 de julio, *ibid.*, núm. 78 (13 ago. 1808), pp. 567-568. En Xilotepec se supo de la noticia el 31 de julio de 1808, *ibid.* (31 ago. 1808), pp. 621-622. En Real de Pinos, antiguo real de minas, se celebró el levantamiento el 28 de agosto, *ibid.*, núm. 107 (5 oct. 1808), p. 749.

Nueva España aunque las distancias contribuían a retrasar su llegada. Sin embargo, esto no impidió que en lugares como Chihuahua, semanas después, se supieran las buenas nuevas provenientes de la metrópoli y que sus habitantes, como en otros lugares, hicieran público su entusiasmo.

Así, en Chihuahua se llevaron también a cabo desfiles encabezados por las autoridades principales con salvas de artillería y la tropa “con su golpe de música” y un “. . . gran concurso de pueblo, cuarenta indios flecheros a lo gentil en dos alas, una danza muy vistosa en trajes y figuras alusivas a los del grande Moctezuma. . .” Entre los que concurren estaban “. . . todos los pobres de esta villa, así como también los encarcelados y detenidos en la casa del obraje. . .”

No faltó un carro triunfal tirado por mulas con un retrato de Fernando VII. Llamó la atención además “el suntuoso obelisco que en la plaza mayor erigió con inscripciones simbólicas y bajo dos arcos triunfales la Junta de Comercio, haciéndolo muy vistoso con las luces que comunicaban los cirios que la adornaban, y reflexión que ellos hacían en los cristales que tenía. . .”<sup>34</sup>

#### UNA EXPLICACIÓN

Estos días ocultaron momentáneamente las disputas políticas que separaban a diversos sectores de la élite, apaciguando los ánimos al darles el carácter de una tregua. Para lograr esto, se dejaron por un momento a un lado las agudas diferencias sociales y políticas; sólo así los novohispanos pudieron vivir esos días en una unidad nunca antes vista. “Sí, nobilísima México, ya has visto, esa preciosa unión de europeos y americanos contribuir con todo su esfuerzo al común regocijo por la libertad de nuestros hermanos: has visto, que aún el más triste y abatido de la plebe se ha exaltado en estos días, se ha llenado de un noble entusiasmo, y ha contribuido

<sup>34</sup> *Gazeta de México*, xv, núm. 130 (23 nov. 1808), pp. 901-904, se refiere a un despacho del 13 de septiembre.

al regocijo público, en el afecto más sincero, más noble y más natural”.<sup>35</sup>

Los festejos, además de una tregua en las difíciles circunstancias que se vivían en el mundo político novohispano, fueron al mismo tiempo una breve catarsis colectiva que alivió instantáneamente los pesares y reclamos; así las fiestas permitieron olvidar momentáneamente los sentimientos de incertidumbre y temor provocados por la ocupación francesa del territorio español.

Entre los diferentes sentidos que se le pueden encontrar a estas expresiones, uno de ellos radica en poner de manifiesto el sentimiento de identificación que alcanzó la figura de Fernando VII. El joven rey personificaba los anhelos y esperanzas de muchos novohispanos, como una promesa frente a la gastada figura de su padre Carlos IV.

Sin embargo, en una perspectiva más amplia, la situación política reinante en Nueva España ya traducía una seria disputa por la autoridad en el interior de la élite novohispana, haciendo cada vez más patentes los límites de la lealtad de diversos sectores de la sociedad cuando algunos comenzaron a poner en duda la autoridad del virrey. Esta actitud no se extendió hacia la corona y menos aún a la figura del rey. El conflicto entre los sectores dominantes, tratándose de criollos o peninsulares, se refería fundamentalmente a la posición a adoptar respecto al virrey Iturrigaray, creando un equilibrio cada vez más endeble.

La defensa de la monarquía partía de principios que habían permeado no solamente la estructura del poder novohispano sino que se encontraban reforzados por creencias político-religiosas que sirvieron de basamento ideológico y cultural a la sociedad colonial.

Ahora bien, la identidad momentánea lograda gracias a la amenaza externa habría de desvanecerse en los días siguientes, cuando las ambiciones e intereses de los miembros de la fracturada élite novohispana se siguieron enfrentando y llevaron a los sectores más recalcitrantes, semanas después, al golpe encabezado por Yermo contra el virrey Iturrigaray.

<sup>35</sup> *Gazeta de México*, xv, núm. 1036 bis (1º ago. 1808).

## REFERENCIAS

ALAMÁN, Lucas

- 1985 *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*. México, Instituto Cultural Helénico-Fondo de Cultura Económica, t. I.

ANNA, Timothy E.

- 1986 *España y la independencia en América*. México, Fondo de Cultura Económica.

ARCHER, Christon I.

- 1983 *El ejército en el México borbónico, 1760-1810*. México, Fondo de Cultura Económica.

ARTOLA, Miguel

- 1983 *La burguesía revolucionaria (1808-1874)*. *Historia de España*. Madrid, Alianza Editorial.

BLACK, Lawrence

- 1980 "Conflict Among the Elites: the Overthrow of Viceroy Iturrigaray, México, 1808". Tesis de doctorado, Tulane University.

BRADING, David A.

- 1975 *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*. México, Fondo de Cultura Económica.

"Descripción"

"Descripción de las maniobras del ejército en Jalapa con la presencia del virrey Iturrigaray y el alto mando militar Manuel Antonio Valadés", en *Gaceta de México, compendio de noticias de Nueva España y Europa*, t. xv.

DOMÍNGUEZ, Jorge I.

- 1985 *Insurrección o lealtad. La desintegración del imperio español en América*. México, Fondo de Cultura Económica.

FOLAND, Frances F.

- 1955 "Pugnas políticas en el México de 1808", en *Historia Mexicana*, V:1(17) (jul.-sep.).

*Gazeta*

*Gazeta de México, compendio de noticias de Nueva España y Europa*. México, Imprenta de don Mariano de Zúñiga y Ontiveros, t. xv.

HAMNETT, Brian R.

- 1985 *La política española en una época revolucionaria, 1790-1820*. México, Fondo de Cultura Económica.

HERNÁNDEZ y DÁVALOS, J. E.

- 1985 *Historia de la guerra de independencia en México*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, t. I.

LADD, Doris H.

- 1984 *La nobleza mexicana en la época de la independencia*. México, Fondo de Cultura Económica.

MIRANDA, José

- 1952 *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas*. Primera parte 1521-1820. México, Instituto de Derecho Comparado, Universidad Nacional Autónoma de México.

NAVA OTEO, Guadalupe

- 1973 *Cabildos de la Nueva España en 1808*. México, Secretaría de Educación Pública.

O'GORMAN, Edmundo

- 1970 *Meditaciones sobre el criollismo*. México, Centro de Estudios de Historia de México, Condumex.

SEMO, Enrique

- 1985 "Los cien días: la aristocracia criolla y la independencia", en *Historia Mexicana. Economía y lucha de clases*. México, Editorial Era.

VILLORO, Luis

- 1967 *El proceso ideológico de la revolución de independencia*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.

VIQUEIRA ALBÁN, Juan Pedro

- 1987 *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las Luces*. México, Fondo de Cultura Económica.

ZÁRATE TOSCANO, Verónica

- 1982 "La prensa mexicana y el gobierno del virrey Iturrigaray". Tesis de licenciatura en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México.

#### PERIÓDICOS

*Diario de México*  
*Gazeta de México*

